

Seis revistas, dos diarios y ningún funeral

Por Rafael Otano Garde

La década de los 90, contemplada en una visión retrospectiva de urgencia, ha sido para Chile un período de grandes avances macroeconómicos y de una cierta (quizás falsa) paz social. En ella han persistido graves limitaciones políticas heredadas de la dictadura y una tóxica atmósfera de miedo que, por razones a veces opuestas, ha cruzado y cruza las instituciones, los actores sociales y los ánimos desvalidos de los individuos.

Todo esto con el horizonte de una galvanización creciente de los poderes fácticos (sobre todo, de las cúpulas empresariales) y una transigente debilidad, muchas veces denunciada, de la sociedad civil. Los movimientos resistenciales que fermentaron en los últimos años de la dictadura y que culminaron en el Plebiscito del 88, fueron aplacados con gran eficacia por obra de la Concertación, tras su llegada al gobierno bajo la presidencia de Patricio Aylwin. El nuevo gobierno quería tranquilidad: una tregua política y social para poner el país en orden.

Así no es de extrañar que los ambiguos años 90 hayan transcurrido marcados por dos tendencias contrarias, según las distintas sensibilidades políticas: de éxito del modelo chileno, por una parte, y de malestar por las consecuencias indeseables de ese modelo, por otra. No faltan, desde luego, políticos e intelectuales provenientes de la izquierda, que descalifican radicalmente el modelo en sí.

Hay que señalar que hasta el año 96, la tendencia dominante fue hacia la autocomplacencia de los líderes de opinión por el éxito de la transición chilena, avalado por el alto reconocimiento de los círculos financieros y grupos conservadores internacionales. Del 96 en adelante, se va incrementando una conciencia autocrítica cada vez más severa, para llegar al 2000 con una creencia bastante generalizada del agotamiento de la fórmula de transición interminable, que se ha venido implementado durante más de un decenio.

En este complejo cuadro general, hay que inscribir el funcionamiento de los medios de comunicación durante esta insólita década, que ha dejado las cosas en un tramposo empate entre el pasado y el presente, el oficialismo y la oposición, la dictadura y la democracia. Dentro de este ambiguo contexto, ¿cómo se instalan los medios de comunicación?, ¿cuál ha sido su capacidad de reflejar las realidades de la sociedad?, ¿en qué medida han logrado despejar con su acción noticiosa y editorial las herencias de la dictadura y los miedos y tabúes que vienen desde entonces? Y, sobre todo, las dos preguntas más habituales: ¿por qué la derecha económica y social se adueñó tan fácilmente de casi todo el universo medial?, ¿cómo ha sido posible que en los últimos diez años hayan desaparecido las publicaciones que se distinguieron por sus planteamientos críticos?

Perdonazos salvavidas

La hipótesis central que hasta ahora se ha manejado desde ciertos grupos de la Concertación y mucho más desde la izquierda extraparlamentaria, es la que culpa de la incapacidad crítica de la prensa actual, al enorme predominio de que gozan en Chile los círculos más conservadores respecto a la propiedad de los medios de comunicación masivos y a su línea ideológica y editorial. Conservador significaría, en el aquí y ahora chilenos, los grupos políticos y sociales (entre los que se encuentran algunos de los llamados poderes fácticos) que, en su momento, demostraron simpatías y a veces adhesiones totales al régimen militar. En la década de los 90 estos contradictorios conservadores se han distinguido por sus posiciones liberales en lo económico y sus reacciones integristas en lo cultural y moral, y además, han aceptado, en los hechos, prolongar el statu quo de democracia restringida establecido por la Constitución de 1980, con las ventajas prácticas que ese documento refundacional otorgaba a la derecha política.

Esta hipótesis, por tanto, defiende que el poder económico (muchas veces obtenido o engrosado bajo el alero del régimen militar, vía privilegios o ventajosas privatizaciones) se

apoderó de los medios de comunicación como instrumento para domesticar la democracia que inevitablemente venía. Se intentaba, así, ejercer el control sobre la opinión pública mediante la instalación de una agenda favorable a su proyecto de país, a sus intereses individuales y de grupo e incluso a sus eventuales fantasmas históricos.

Los conocidos perdonazos económicos que, con fórmulas más o menos explícitas y sutiles, fueron urdidos por entidades estatales (a finales de los años 80) a favor de los grupos que detentaban la propiedad de El Mercurio y La Tercera, formaron parte de una estrategia general de copamiento de los espacios comunicacionales del país. Hay que tener en cuenta que el bienestar económico y comercial que lograron posteriormente las empresas de El Mercurio y Copesa, se debió principalmente al salvavidas que el Estado les tendió en las últimas semanas del régimen militar.

La explicación del acaparamiento de los medios por gente partidaria de la dictadura, como causante de la actual crisis de la prensa en Chile, resulta altamente consoladora para sus autores concertacionistas, porque los irresponsabiliza respecto al proceso que han experimentado los medios en los años de la transición política. Es evidente que debido a esta situación cuasimonopólica, el arco ideológico de la prensa escrita y audiovisual no ha reflejado, a través de los 90, ni lejanamente la diversidad de opiniones vigentes en la sociedad.

Pero esta hipótesis que culpabiliza de la situación presente de los medios, a los poderes económicos y a la herencia de la administración militar, aun teniendo muy buenos argumentos, no explica del todo el complejo fenómeno del control que ejerce la derecha sobre los medios de comunicación y tampoco explica la desaparición de muchos de los medios que se opusieron a la dictadura.

¿Hubo complot?

Es difícil, en una primera mirada, entender cómo contando la naciente democracia con un fervor contagioso de movilización civil, hubo tal incapacidad de crear medios a la altura de los tiempos o de poner estratégicamente al día los ya existentes que se habían resistido a las rígidas pautas del régimen.

Existe una primera explicación que casi suprime el problema de raíz. Según ella, se produjo una negociación secreta (una especie de complot) en las prolongadas tratativas del año 89 sobre la transición política. En ellas, algunos líderes de la Concertación habrían hecho a su contraparte del gobierno militar una promesa formal de abandonar a su suerte a los medios que se habían distinguido por su lucha frontal contra la dictadura. Es decir, el eventual gobierno concertacionista mostraría una exquisita neutralidad en la nueva etapa democrática y dejaría que la mano invisible del mercado operase con sus infalibles leyes. No habría, pues, ventajas, ni apoyos institucionales que compensasen las graves persecuciones y discriminaciones que los medios alternativos a la dictadura habían padecido durante tantos años: el gobierno mantendría una asepsia de quirófano. Para el que quisiese entender, todo esto significaba que no habría pago por los servicios prestados, ni siquiera una consideración especial para los medios que habían contribuido sustancialmente, con sus opiniones divergentes y con sus agendas noticiosas alternativas, a la recuperación democrática.

Por supuesto, que es muy difícil documentar este rumor de la negociación explícita gobierno militar-Concertación. Seguramente surgió de la conducta posterior de la primera administración concertacionista y de la frustración de muchos grupos al ver que iban desapareciendo los distintos medios que habían constituido el símbolo de la resistencia civil contra el régimen militar. Los lectores y autores de aquellas publicaciones pensaban que éstas iban a consolidarse y a ganar espacio en la nueva etapa democrática. Esperaban un cierto destape explotando alegremente sobre la fachada de los quioscos y sobre el cristal de las pantallas. Sin embargo, vieron con tristeza las crisis sucesivas que culminaban en desapariciones de medios. Se dio, así, la paradoja de que los sectores de la Concertación

fueron perdiendo paulatina y fatalmente plataformas comunicacionales, conforme avanzaban los años de la presidencia de Patricio Aylwin y de Eduardo Frei. En algunos círculos se comentaba con ironía que el cultivo del pluralismo estaba garantizado, en esta nueva etapa, por Agustín Edwards, César Antonio Santis y Raúl Hasbún.

La doctrina Tironi

Este escenario de laissez-faire mediático promovido desde el gobierno de la Concertación, podría ser, a primera vista, coherente con la fervorosa conversión al liberalismo de Enrique Correa, Eugenio Tironi y todo el equipo comunicacional del período presidencial de Patricio Aylwin. Hay una declaración de Tironi, recogida por la revista APSI en octubre de 1991, que tiene el valor de un manifiesto:

"Nosotros deseamos, escribía el entonces director de la Secretaría de Comunicación y Cultura, el mayor pluralismo de los medios de comunicación, pero éste no lo obtendremos con mayor intervención del Estado, sino con más medios privados que expresen todo el arco ideológico, cultural y regional de Chile. Pero el Estado no inventa empresarios, ni en éste ni en otros campos; sólo puede apoyarlos, y en ello está comprometido.

Para ser viables, los medios privados están obligados a conseguir sus recursos de la publicidad -que es mayoritariamente privada-, y ésta a su vez depende del público al que ellos lleguen. Y como el público no es fácilmente manipulable, él se inclinará por aquellos medios que le despierten interés y credibilidad, esto último directamente asociado a su grado de pluralismo".

Lo que llama la atención en estos párrafos -de apabullante neutralidad democrática- es su tono absolutamente ahistórico. Parece que nos encontramos en un país en que los medios han respetado con escrupulosidad las normas del mercado desde el principio de los tiempos. De ninguna manera se insinúa que algunos de ellos habían logrado recientemente enormes ventajas aprovechándose de situaciones abusivas que burlaban absolutamente el abecé universal del mercado: supresión de la competencia mayor por decreto, persecución de la competencia más débil, reparto unilateral de la publicidad del Estado, perdonazos oportunos...

Pero lo más significativo del texto es la advertencia-amenaza-deseo oculto que se lanza en las últimas líneas: "Los medios que no comprendan estos condicionantes propios de una sociedad democrática y de una economía de mercado, y sigan orientándose según los criterios ideológicos del Chile altamente politizado del pasado, tienen pocas posibilidades de subsistir".

Es evidente que en estas categóricas líneas, el autor no se refiere, por ejemplo, a El Mercurio, La Tercera o el Canal 13 (¿cuándo estuvieron politizados estos respetables medios?), sino a las publicaciones que lucharon por la democracia y que dieron amplio espacio, por supuesto, a Tironi y demás. A estos medios se les pedía que dejaran la política antigua, invitándoles, en los hechos, a integrarse en los difíciles tiempos de la transición, a la única política considerada posible y razonable: la del gobierno. Era el momento de la reconciliación: de desmontar barricadas, de pulir cuidadosamente los adjetivos, de tender puentes de plata a los adversarios (y, a veces, enemigos) de toda una vida. El consenso, que se había iniciado como una estrategia política para salir de los odiosos embrollos de la negociación hacia la democracia, se convirtió en un instrumento de desmovilización social, de pensamiento único, de poner de nuevo a la gente en fila india.

Fascinados por el poder

Lo que no lograron a veces los malos tratos ni la barbarie de las fuerzas policiales, lo pudo este aceitado mensaje consensual del gobierno. Los periodistas y medios más destacados por su valentía, ironía o díscolo humor, fueron cayendo algunas veces en mansedumbres ovejunas, en medias palabras, en pautas cada vez más blanqueadas. Los propios profesionales

a veces percibían el gradual cambio y se admiraban de que su lenguaje durante la democracia se había ablandado respecto al que empleaban en los mismos medios durante la dictadura. Había habido un insólito retroceso respecto de qué se decía y cómo se decía. La comparación con Argentina y España causaba sentimientos de frustración: ¿por qué allí se atrevían a decir las cosas y aquí no?

Los que diseñaron la política comunicacional del gobierno del Presidente Aylwin se dejaron fascinar muy pronto por los medios económicamente más poderosos y, especialmente, por el complejo empresarial de El Mercurio. Se diría que más bien que convertirse al liberalismo, se entregaron a los liberales. O mejor, a los sedicentes liberales, que habían convivido tan armónicamente con la dictadura de Pinochet.

Esta entrega fue paradójicamente muy confortable para numerosos personajes del gobierno provenientes de la izquierda, algunos de los cuales habían levantado, al final de los 60, en plena Alameda, el famoso eslogan "El Mercurio miente", y ahora aceptaban esta publicación sin apenas reservas. Entonces, el diario de los Edwards era considerado como el enemigo más sólido para la transformación político-social. Se le acusaba de ser la mano larga del tío Sam. "El Mercurio es un diario pensado en inglés en Estados Unidos y escrito en español en Chile", se decía. Pero ahora, treinta años más tarde, sus antiguos impugnadores se aliaban gozosamente con él.

El búnker de Lo Curro, adonde Edwards había trasladado sus oficinas en 1985, se había convertido, a la llegada de la democracia, en una silenciosa y telemática máquina de poder. Ahí se pensaba y se piensa a Chile, con la conciencia que tiene El Mercurio, lo mismo que The Times, que ellos hacen la historia y la historia no les hace a ellos.

Así que, desde el principio del gobierno de Aylwin, hubo contactos Ejecutivo-Mercurio, que cuajaron en un intercambio habitual de favores. La Secretaría General de Gobierno inició una relación cordial con los reporteros del decano y especialmente con los periodistas del dominical Cuerpo D. Implícitamente se hizo un pacto de no agresión. El Mercurio trató con pinzas al gobierno y sólo mostró auténtica severidad al erigirse en celador del modelo económico. El gobierno, por su parte, proporcionó todas las facilidades políticas a El Mercurio en el aspecto informativo y político. Este matrimonio por conveniencia funcionó mejor que los que debían haber funcionado por amor. De tal manera que el binomio Correa-Tironi ponían como ejemplo de relación entre el Ejecutivo y un medio de comunicación, el vínculo alcanzado por El Mercurio con ellos, en cuanto representantes del gobierno.

Mientras tanto, las publicaciones de la antigua oposición al gobierno militar, habían comenzado un declive que resultaría fatal. Cauce ya había desaparecido en 1989. Fortín Mapocho cayó en 1990 sin pena ni gloria y con vagas promesas incumplidas. Análisis perdía su carácter altamente denunciador, después de ser adquirido por un grupo cercano a la DC, en una operación comandada desde La Moneda. APSI entraba en dificultades y era auxiliado por una sociedad, Sopel, que integraba a varios políticos del socialismo renovado. Página Abierta, nacida el año 89, tuvo una corta vida de dos años. Pluma y Pincel sobrevivió hasta el año 93. Análisis cayó definitivamente el 94, APSI el 95; La Epoca, después de muchos vaivenes, el 97; Hoy, aguantó con dignidad hasta el 98. Permanecieron en los quioscos solamente dos revistas del ámbito político extraparlamentario: Punto Final y El Siglo. Las más representativas del primer ímpetu de la Concertación se han esfumado del horizonte. Se llegaba, de este modo, al ideal de Tironi: lo importante es que los grandes medios (El Mercurio, La Tercera, los canales de Televisión Nacional y de la Universidad Católica) sean controladamente pluralistas dentro de sus páginas y espacios y que tengan una relación fluida con el gobierno. Los demás medios del reciente pasado, caracterizados por su rebeldía, e incluso con frecuencia por su izquierdismo demodé, eran mejor que terminasen su itinerario con dignidad y sin hacer duelo ni ruido.

Política en el refrigerador

Pero en esta historia de responsabilidades respecto al cierre de muchos de los medios opositores a la dictadura, les cabe también su importante cuota a los propios medios ya desaparecidos. Es evidente que no supieron adaptarse creativamente a las nuevas circunstancias. No fueron capaces de hacer un periodismo que reflejase los cambios de una sociedad cada vez más alejada de las grandes causas y de las grandes convocatorias colectivas. Durante la dictadura, Cauce, Análisis, Hoy o APSI llegaron a vender hasta treinta mil ejemplares de algunos números, porque eran sentidos por núcleos importantes de la población como necesarios e insustituibles.

Los lectores compraban las revistas de oposición con entusiasmo y con esperanza, sentían que les latía el corazón un poco más fuerte, cuando pasaban delante de un quiosco. Pero, cuando terminó la dictadura, las ambigüedades de la extraña democracia que se entronizó en el país, no hacían latir el corazón a nadie. La política se puso en el refrigerador y mucha gente perdió la ilusión de algún gran proyecto compartido. El acto casi clandestino de la compra, la gozosa complicidad del lector, prestando casi en secreto su precioso ejemplar, ya nunca funcionó como antes.

Desde el comienzo de los 90, la difusión de las revistas antidictadura y también del diario La Epoca cada vez se hizo más cuesta arriba. Los medios que se habían ganado tantas medallas en la oposición, no envejecieron bien cuando la sociedad fue entrando en una cierta normalidad. Fue un caso muy parecido al de la transición española, en que las dos revistas emblemáticas del antifranquismo, Triunfo y Cuadernos para el Diálogo, no aguantaron más que dos años la democracia. Tuvieron una época brillantísima, con colaboradores de la altura de Manuel Vázquez Montalbán, Eduardo Haro Tecglen o Juan Luis Cebrián, pero cuando con el dictador, acabó la dictadura, habían cumplido su función y tuvo que venir, entre nostalgias y tristes interrogantes, el relevo.

En la transición chilena las publicaciones, con cierta razón, quisieron aprovechar su experiencia y relevarse a sí mismas por medio de una oportuna renovación. Pero desgraciadamente, tanto en el caso de Análisis, como en el de Apsi, como en las sucesivas fases de La Epoca, no se logró la fórmula de retener al propio público e incluso de incrementarlo. No fue principalmente un problema de marketing ni de estrategia publicitaria; lo que falló sobre todo fue la incapacidad para inventar un periodismo que tematizase y expresase con libertad de fondo y de forma el nuevo aire de los tiempos. No fue un problema de técnica, fue un problema de alma.

La voluntad fracasada de estos medios de sucederse a sí mismos, trajo como consecuencia que dejaran tras de sí el vacío. No hubo relevo ni profesional ni generacional. Muchos miles de potenciales lectores se quedaron nadando en seco. Y los profesionales que están saliendo de las Escuelas de Periodismo en los últimos años han quedado desvinculados de ese gran momento periodístico que floreció durante los 80.

El problema económico

A este agotamiento de ideas y de fórmulas periodísticas que diesen una respuesta estratégica a las ambigüedades de la transición política vividas en el país, se añadió la grave crisis económica que sobrevino a los medios antidictadura. Habían sido subvencionados parcialmente por organizaciones internacionales de tipo político, religioso, sindical o filantrópico, que deseaban facilitar las condiciones para la libertad de prensa en un país sometido a severas restricciones.

La asunción de Patricio Aylwin como presidente democrático, hizo que Chile bajase muchos puestos en la tabla de las preferencias internacionales, a la hora de calificar para las ayudas de cooperación. La situación expectante de los Países del Este y de la Unión Soviética tras la caída del muro de Berlín, la crisis de Centroamérica, los peligros del fundamentalismo sobre los estados islámicos, atrajeron mucho más la atención de los donantes que deseaban contribuir a una prensa más pluralista y abierta en los lugares en que había problemas de amenazas y censuras.

Chile, teóricamente, a vista de las entidades cooperadoras internacionales, tenía el campo expedito para desarrollar unos medios pluralistas que impulsaran adecuadamente la redemocratización del país, con un periodismo abierto a la conversación pública y al debate político y social. Por eso, los apoyos de las agencias fueron restringiéndose paulatinamente desde el año 90 y las publicaciones tuvieron que buscar las fórmulas para sobrevivir por sus propios recursos.

No resultó nada fácil. La publicidad de las empresas del Estado fue repartida de una manera proporcional entre la prensa existente, o como se suponía que era proporcional, porque en Chile, por la oposición de la empresa El Mercurio, no hay un control externo de las ventas de los diversos medios. Así, las publicaciones de oposición a la dictadura, a pesar de la abultada sequía que soportaron, en el rubro publicidad, durante todo el régimen militar, recibieron estrictamente, al llegar la democracia, lo que se suponía corresponderles proporcionalmente a su importancia (unas décimas porcentuales del total).

Lo curioso es que las mismas personas que se habían callado durante los años de claro reparto unilateral de los recursos publicitarios de las empresas públicas, se volvieron ahora celosos catones del nuevo reparto. Denunciaban con acritud si los medios perjudicados tenían ahora en algún número alguna décima de porcentaje sobre el que teóricamente les correspondería. Los antiguos partidarios del gobierno militar jugaron a fondo el juego de la democracia, después de haber jugado sin escrúpulos el juego de la dictadura. Y todo esto de repente, en vivo y en directo, ante la presencia silenciosa del respetable.

Respecto a la publicidad privada, ya había observado una conducta restrictiva con los medios de oposición durante la dictadura. Una vez instalada la democracia, las restricciones continuaron y la discriminación se hizo norma en gran parte de las empresas. A pesar de tratarse de publicaciones en general moderadas según estándares internacionales, los empresarios las consideraban peligrosas.

Esta restricción de la publicidad de los privados -que mostraban una vez más su liberalismo antiliberal- contribuyó a la desaparición de los medios no estrictamente derechistas. Así, en Chile, el país que tanto alaba oficialmente la competencia, existe un espacio comunicacional, sobre todo en la prensa escrita, con una línea editorial abrumadoramente conservadora. Apenas se editan, a estas alturas, diarios y revistas con diseños de sociedad diferenciados. La pluralidad de medios con distintas opciones, que en todo mundo desarrollado es vista no sólo como normal, sino también como necesaria para el crecimiento integral de las sociedades, en Chile parece una pretensión excesiva, que incluso muchas personas de la Concertación objetan como postergable. Por eso, no se producen debates verdaderos y las ideas, al no ser debatidas, se convierten en doctrinas y las doctrinas en dogmas y los dogmas en anatemas. Y anatema significa exclusión simbólica del grupo, pertenencia a lo indeseable y extirpable. La muerte del alma del liberalismo, en una palabra.

El dolor fantasma de La Época

Quizás el caso más lamentable de pérdida de un medio promotor de la democracia, fue el de La Epoca. Este diario nació con vocación de abrir espacios a la conversación pública, de convocar a las clientelas ilustradas del mundo artístico, empresarial, político, académico, todos los núcleos que podían constituir elites modernizadoras de cara a una democracia puesta en amplia sintonía con el mundo.

El ejemplo de El País de Madrid servía de estímulo. Si ese rotativo, en nombre de la transición española, logró superar en tres años las ventas de los diarios conservadores ABC o Ya, y en otros tres años, las ventas de la suma de ambos, en Chile se podía pensar en objetivos similares. Y en realidad el nuevo diario cubrió un vacío de información y opinión, obligando a El Mercurio a compartir su amplia supremacía de la sección política y a despertar de su posible modorra.

Pero La Época no pudo responder a las expectativas que en ella se habían depositado. Una publicación que llegaba a los decisores políticos, económicos y sociales más importantes del país, debía haber nacido con una estrategia temática y comunicacional mucho más elaborada. Se suponía que iba a operar como el eje aperturista y culturalmente liberal de la transición. Era el hueco que se le abría en contraste con El Mercurio, órgano indiscutible de la línea periodística conservadora y comprometida con el régimen militar. Sin embargo, La Epoca pecó de timidez. No puso periódicamente al día la agenda de asignaturas pendientes tras catorce años de clausura, de cara a normalizar una sociedad trufada de dobles discursos, de discusiones éticas prohibidas, de sutiles vetos de los poderes fácticos.

La publicación surgió en 1987 con las características de ciertos diarios fundacionales que expresaron el espíritu de una nueva etapa histórica de un país. Así sucedió con Le Monde, en la Francia de De Gaulle de 1944, tras la expulsión de los nazis o con el Frankfurter Allgemeine Zeitung, en la Alemania de 1949, tras el estreno de la democracia bajo el liderazgo de Adenauer, o con El País, en la España de 1976, a unos meses tan sólo de la muerte del general Franco. La Epoca tuvo entonces la oportunidad de constituirse en el gran diario de la renovada democracia chilena, en la vitrina de los debates de la nueva etapa. Era un gran destino, pero no lo aprovechó. No pudo asentarse en ciertas clases medias en ascenso, ni nucleó las formas emergentes de hacer política y de vivir en sociedad.

Lo malo es que en una transición política, un diario de nuevo cuño que la identifique, es un factor muy importante. Desgraciadamente, una vez fracasado el proyecto, quedan pocas posibilidades de encontrar un sustituto en un mercado de lectores de diarios de alta calidad tan reducido como el de Santiago.

Las falencias de La Epoca hicieron que a la transición chilena le faltasen algunos genes necesarios: el de la anticipación de los temas, el de la agenda independiente, el del Chile republicano. Por eso, la sociedad sufre todavía el dolor fantasma de La Epoca después de su desaparición.

Son unas falencias a las que contribuyó también el fin de aquellas revistas que ejercieron un periodismo de vanguardia, cuyos nombres han quedado en la memoria emocionada de miles de lectores, que todavía echan de menos un digno funeral.